

¿Modernidad irreflexiva o malestar de las elites?

RESEÑA de Carlos Peña a:

La irrupción de las masas y el malestar de las elites. Chile en el cambio de siglo de Eugenio Tironi. Santiago: Grijalbo, 1999.

La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo de Manuel Antonio Garretón. Santiago: LOM, Colección Escafandra, 2000.

I

No obstante las apariencias, y a pesar de su propio empeño, los libros de Eugenio Tironi ("La irrupción de las masas y el malestar de las elites. Chile en el cambio de siglo", Santiago: Grijalbo, 1999, 242, páginas) y Manuel Antonio Garretón ("La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo", Santiago: Lom, 2000, 208 páginas) no son, finalmente, tan distintos. Haciendo pie en esa antigua tradición cultural e intelectual de atribuir al cambio de siglo un especial significado, Tironi y Garretón exploran, con distintos niveles de densidad conceptual, qué ha pasado a la estructura y a la cultura societal chilena en estos años. Es verdad que Garretón provee a su texto de un amplio marco conceptual que excede la referencia local –ya nos referiremos a él–, pero el conjunto de sus páginas constituyen, a fin de cuentas, un intento por inteligir algunos de los procesos que están configurando a nuestro país. Tironi, por su parte, si bien elude la discusión teórica –no es obviamente, en esta ocasión, su propósito–, ella subyace en el conjunto de su texto; un texto en el que indaga, con la agilidad de una crónica, en los principales cambios que ha experimentado la sociabilidad chilena desde los noventa. Ambos, en fin, continúan una larga tradición intelectual. El ensayo de análisis y crítica social,

■ **Carlos Peña** es licenciado en derecho (1982) y abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Cuenta con estudios de posgrado en Sociología (PUC, 1983-1985) y Filosofía (Doctorado, UCh, 1998-2000). Profesor de Derecho Civil en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile (1989 a la fecha) y de Derecho Civil y Filosofía del Derecho en la Universidad Diego Portales (desde 1985 a la fecha). Es Decano en la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales y Consultor del Consejo Superior de Educación. También se ha desempeñado como consultor del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y ha efectuado trabajos de análisis en reforma judicial para el Banco Mundial. Asesor en materia de políticas judiciales del Ministerio de Justicia (1994-2.001). Es miembro de la Comisión de Modernización del Estado del Centro de Estudios Públicos. Ha publicado "Práctica Constitucional y Derechos Fundamentales" (Santiago, 1996) y, en colaboración, "Evolución de la Cultura Jurídica Chilena" (Santiago, 1994); "Sistema Jurídico y Derechos Humanos" (1996); "Situación y Políticas Judiciales en América Latina" (1994); "El rol del Estado y el Mercado en la Justicia" (2.000), además de múltiples artículos de teoría legal y filosofía moral.

CARLOS PEÑA, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales, Av. República 105, Santiago, Chile.

Fax: (562) 676 2602

Correo electrónico: carlos.pena@jur.udp.cl

esa forma de autorreflexividad tan propia de las ciencias sociales, encuentra en nuestra cultura académica –desde la llamada cuestión social en adelante– una importante expresión en la historiografía (v.gr. la obra de Jocelyn Holt, Salazar), la antropología (v.gr. Montecino), la economía (Meller, Ffrench-Davis) y la sociología (Brunner, Tironi, Garretón, Moulian). Las líneas que siguen exploran en las tesis de los textos de Garretón y Tironi y, cuando ello es posible, intentan comparar, de manera crítica, sus respectivos puntos de vista. Se trata, por supuesto, de textos escritos con diversa intención y compararlos puede ser, hasta cierto punto, inadecuado. Pero, como espero mostrarlo, ambos pueden ser vistos como formas opuestas de valorar los procesos de modernización que nuestro país ha experimentado y como formas, hasta cierto punto distintas, de concebir el análisis social.

II

A diferencia de Tironi, como mostraré luego, el análisis de Garretón intenta ser global: reflexionar no sólo sobre un momento de la historicidad –el Chile que vivimos–, sino reflexionar también sobre los instrumentos que hacen posible esa misma reflexión. Consciente de que la sociología es una forma de reflexividad de la sociedad sobre sí misma, Garretón no elude el examen de la propia reflexión sociológica y de sus supuestos. Como antes lo había hecho Morandé (aunque alcanzando, como es obvio, conclusiones distintas), Garretón advierte en el propio paradigma de la sociología funcionalista y modernizadora una ideología que la desprovee de toda función crítica. Su texto se abre, por lo mismo, constatando la crisis de paradigma de las ciencias sociales y de la sociología en particular. En vez de una fisonomía disciplinaria firme y clara, el autor constata en el conjunto de las ciencias sociales el surgimiento de múltiples géneros (los estudios culturales o el enfoque de políticas públicas serían una muestra de ellos) que entrelazan supuestos e instrumentos provenientes de múltiples disciplinas. Se trata de géneros y estilos de trabajo intelectual cuya pretensión de interdisciplinariedad acaba socavando las disciplinas de las que pretenden, no obstante, recoger sus enfoques. En vez de esa explosión de géneros, Garretón aboga por una sociología que haga suya, desde sus propios inicios, la problemática misma de la modernidad: la constitución del sujeto.

Esta es la perspectiva que guía a este libro. Tras el examen de las transformaciones estructurales y culturales de la sociedad actual y de la sociedad latinoamericana y chilena, está la pregunta por el modo como se constituyen los nuevos sujetos de la historia. Ello en un momento en que las formas clásicas de pensar la sociedad heredadas por las ciencias sociales, están en profunda revisión (p. 24).

Haciendo pie en esa perspectiva, el análisis de Garretón sugiere la necesidad de explorar cómo se constituye, o está en curso de constituirse, el sujeto en el actual momento histórico. La tarea idiosincrásica de la reflexión sociológica sería, entonces, la de pensar el sujeto, indagar cómo constituye su identidad y (cómo) erige las referencias simbólicas que le permiten encarar los límites de la vida social, el problema del dolor y de la muerte. ¿Qué referencias simbólicas y qué organización de la subjetividad es la que se constituye en el actual momento histórico? ¿De qué forma la sociabilidad chilena está resolviendo ese desafío permanente de todas las sociedades? Esa es la pregunta de Garretón. A diferencia de la sociología funcionalista (de Parsons a Luhmann), que ve en la modernidad, ante todo, un proceso de diferenciación funcional y de aumento de complejidad de la vida social, el autor

–como Touraine, por nombrar alguna referencia ya clásica y descontar la amplia reflexión filosófica sobre este asunto– prefiere ver en la modernidad un momento en el que se configura el problema de constituir a un sujeto desprovisto ya de toda referencia supratemporal. La modernidad no queda así descrita como un tránsito, relativamente unívoco, entre lo “tradicional” y lo “moderno”, sino como un desafío que puede ser encarado históricamente desde la pluralidad. En vez de ser una meta a la que las sociedades podrían ser conducidas mediante un conjunto de políticas públicas, a través de una aceleración del tiempo histórico, la modernidad, sugiere Garretón, es un problema abierto. Esta no existiría: hay más bien modernidades, formas plurales y diversas de constituir el sujeto, de conferir identidad allí donde no queda más que una radical subjetividad. En vez de definirla como racionalización de la vida, como un aumento en la previsibilidad y el cálculo –según la versión más popular de los análisis de Weber-, el enfoque al que adhiere Garretón prefiere ver en ella un intento de hacer de los hombres y mujeres individuos capaces de obrar desde sí mismos. Un intento susceptible de ser llevado a término de diversas formas y no, en cambio, un camino por el que las sociedades debieran ser conducidas de la mano de la ingeniería social. Este es un concepto de modernidad nada extraño a las ciencias sociales y al ensayo crítico de América Latina. Octavio Paz, por ejemplo, ha defendido la idea de que la modernidad no es una sino múltiple y Pedro Morandé, entre nosotros, ha sugerido que hay modernidades peculiares, formas de constituir la síntesis social que no se estructuran en torno al logos, la palabra, la racionalidad, sino en torno al rito. En otras palabras, para Garretón –como para Touraine, como para Morandé; pero sólo hasta aquí alcanzan las coincidencias– la modernidad no coincide necesariamente con la modernización capitalista o la expansión de la técnica, en la medida en que esta última no es la única forma en que se modela la condición de sujetos de los hombres y de las mujeres.

Haciendo pie en ese fondo conceptual, el autor sugiere que en el actual momento histórico es posible advertir un proceso hasta cierto punto contradictorio en el que se entrelaza la modernización racionalizadora y capitalista, centrada en el modelo de sociedad industrial de estado nacional, con el surgimiento de pertenencias locales y comunitarias que tienden a exacerbar la subjetividad de las emociones.

En efecto, la cuestión esencial de la modernidad, cual es la constitución de sujetos, sigue vigente, sólo que ello se hace con una expansión de las vertientes expresivas y de memoria colectiva más allá de la vertiente puramente racionalizante de la sociedad industrial de estado nacional. Es decir, en este tipo societal postindustrial globalizado (...) se exagera la vertiente racionalista, pero también la subjetividad de las pulsiones y emociones y las identidades “esencialistas” o históricas constitutivas de sujetos. Estamos frente a un tipo societal enteramente “moderno”, donde incluso los elementos adscriptivos, tradicionales o religiosos tienden a desprenderse de su dimensión natural, atávica y metasocial y a constituir sujetos históricos (p. 44).

El precedente sería un proceso que Chile se encuentra experimentando. Así, habría un cierto “eclipse” de la matriz en que se imbricaban lo nacional y lo estatal, junto a lo democrático y lo popular. En esa matriz, sugiere Garretón, el sistema de partidos poseyó un lugar central en torno al Estado. El mesocratismo, la orientación popular y el estatismo centralista habrían sido sus principales orientaciones culturales (p. 149). Las transformaciones que el Chile de la postdictadura comienza a experimentar –la racionalización instrumental unida a la explosión de la pertenencia y la sensibilidad–

se traducirían en una cierta crisis del sistema de partidos para expresar y universalizar intereses. En vez de ello, se alentarían formas corporativas de promoción de intereses que al no institucionalizarse en formas de representación abstracta favorecen el imperio normativo del mercado y de la mera facticidad (p. 174). Más que apatía política, habría una diversificación de intereses y sensibilidades que no encuentran forma de representación. El principal riesgo que encara el país es, entonces, el de la desarticulación social y política. La constitución de la “polis”, de ese lugar en el que las diversas sensibilidades e intereses encuentran un espacio en el que reconocen una cierta identidad, sería el principal desafío de la política.

...la reconstrucción de actores, de los sistemas de representación y de la institucionalidad en la que ellos se expresen, son las tareas prioritarias del país en un momento en que no parecen haber problemas de crecimiento económico en el corto y mediano plazo. Si algún riesgo económico existe hacia el futuro, él se debe precisamente a la desarticulación social y política (p. 177).

En síntesis, los problemas fundamentales del país post-transición tienen que ver con la organización de la polis, y la capacidad de conducción y de hacer que en la política se expresen los problemas culturales y sociales (p. 165).

La tesis de Aníbal Pinto –un sistema político y cultural que expande las demandas que el sistema productivo no es capaz de satisfacer– estaría puesta ahora de revés: un sistema económico que expande el mercado y el consumo genera una diversidad de sensibilidades y pertenencias que ya no logran ser universalizadas y mediadas por el conjunto de las instituciones. El peligro, entonces, es el imperio de la normatividad y la facticidad del mercado:

...el Chile de la post-transición presenta el revés de la tesis clásica de Aníbal Pinto. Ella definía una contradicción básica entre una economía atrofiada y un sistema político institucional y cultural desarrollado. Esta debilidad del sistema económico obligaba en algún momento a autonomizar la economía de sus amarres políticos. Hoy día el problema es exactamente el inverso... (p. 165).

Este debate acerca de la modernidad y la política que esta vez anima Garretón no es, por supuesto, una cuestión puramente conceptual, una de las tantas manías al uso en el trabajo académico. Es cierto que el concepto de modernidad referido al sujeto puede ser demasiado abstracto y general para la descripción sociológica de tinte inmediatamente empírico; pero, me parece, posee la virtud de abrir el debate acerca de la función crítica de la sociología y de las ciencias sociales en su conjunto. Cuál sea el concepto de modernidad que se utilice en el análisis sociológico –cómo se conciba lo moderno, a fin de cuentas– ayuda a formular preguntas críticas respecto de los procesos de desarrollo que los países como el nuestro están experimentando. Ayuda, también, a examinar con un ánimo más crítico y mayor vocación de inteligencia a la propia política. No debe verse, entonces, en el análisis inicial de Garretón, una cuestión puramente disciplinaria –un homenaje al lenguaje del gremio–, sino, más bien, una muestra de la profunda vocación crítica que lo anima.

Si, en efecto, la entrada a la modernidad es única, si ésta se relaciona con la expansión del mercado y el consumo y con la primacía del espíritu empresarial y la racionalidad formal, y si ese proceso es, a fin de cuentas, uno convergente –la otra cara de la teoría neoclásica acerca del crecimiento

económico–, entonces nuestro país estaría entrando a la modernidad y los sociólogos y las ciencias sociales en su conjunto podrían asistir al proceso con ánimo ligero y la política, como suele decirse hoy día, estaría bien encaminada cuando se preocupa nada más que de asegurar la funcionalidad de las estructuras, o, como a veces se prefiere, de satisfacer “las necesidades de la gente”. De ser así las cosas, la política quedaría disuelta en ese género tan al uso –e indispensable cuando se lo ejerce con conciencia culta, pero tan torpe cuando carece de ella– de las “políticas públicas”. La política como “public policy”, sin embargo, presenta, para un punto de vista como el de Garretón, el problema que así concebida y ejercida no es capaz de producir cohesión social o sentido de pertenencia. La sociedad de mercado –sugirió por allí Hegel– no satisface el deseo de trascendencia, de universalidad de los propios intereses y de reconocimiento, que sólo la política puede proveer. Si, en cambio, la modernidad, como sugiere Garretón –y lo ha hecho Touraine en este debate– es una forma de constituir la identidad de los sujetos y el conjunto de sus referencias simbólicas, y si, por lo mismo, posee entradas múltiples y plurales, entonces cabe preguntarse qué tipo de modernidad estamos construyendo en Chile y cuál es el lugar de la política en el conjunto de ese proceso. Garretón, por supuesto, se resiste a aceptar sin más la modernidad de Chile y reclama, en cambio, la necesidad de recuperar la función crítica y, hasta cierto punto, profética de las ciencias sociales en el conjunto de ese proceso:

...la democracia puede convertirse en un rito puramente formal de legitimación en el plano político, de los mecanismos de mercado, que erosionan y descomponen la unidad contradictoria de la sociedad-polis. Para evitarlo es imprescindible la corrección urgente y la generación a largo plazo de una alternativa al modelo prevaleciente de desarrollo, en términos de fortalecimiento de las bases estructurales y de las referencias simbólicas de la acción colectiva. (p. 113)

III

Advertí ya que Tironi no ha escrito propiamente un ensayo sociológico –no ha pretendido hacerlo esta vez–, sino que más bien un conjunto de crónicas ágiles y continuas, a veces brillantes, sobre los aspectos más notorios de la sociabilidad chilena. Nuestro país se encontraría experimentando una democratización mediante el consumo y la expansión del mercado. Las masas tradicionalmente excluidas acceden ahora a ese remedo del espacio público que son los *malls* y ven despertar su sensibilidad acicateada por los objetos que hasta hace poco estaban simplemente en el escaparate.

El espíritu de los 90 se ha notado (...) en el modo como los chilenos ocupan el territorio y el espacio público. (...) la de los 90 ha sido la década de la irrupción de las masas. En lagos y malls, en restaurantes y balnearios, en aeropuertos y cines, ahí están las multitudes ocupando todos los espacios disponibles (...)

El consumo ha sido central en el espíritu de los 90. Ha permitido que gran parte de la población acceda a bienes y servicios que le estaban vedados hace pocos años, y que eran el privilegio exclusivo de las elites. (p. 16).

La oligarquía tradicional de Chile, más bien contenida y severa en sus ritos y costumbres, estaría compitiendo con sectores plutocráticos llenos de confianza en sí mismos que ya no se reconocen, de

buenas a primeras, en los antiguos gestos (p. 23). Este proceso, en su conjunto, es resultado de un esfuerzo modernizador llevado a cabo por fuerzas políticas cuya sensibilidad se resiste, a veces, a aceptar el fruto de su propio éxito. La izquierda en Chile, como suele ocurrir con la sensibilidad conservadora, sentiría un cierto malestar con la modernidad que se expresaría discursivamente en una reacción elitista y excluyente. El efecto demoledor de la expansión capitalista –uno de los aspectos que Marx enfatizó haciendo gala de su fuerza profética– sería la irrupción de las masas, la liberación de sensibilidades diversas, que, hasta entonces ocultas, amenazan ahora a las elites. La reacción contra lo moderno se expresaría en un discurso conservador de variada índole –desde el fundamentalismo ecologista a la reivindicación del sentido– que no expresa más que el malestar de las elites.

Tironi elude definir la modernidad como una forma plural de constituir el sujeto y el conjunto de sus referencias. Prefiere describir la modernidad a través de un conjunto de procesos: la expansión del consumo y la igualdad de expectativas que promueve, el surgimiento de un ethos competitivo, la democratización de los bienes y (de) los espacios y el malestar. Esa gigantesca democratización mediante la expansión del consumo y el mercado habría provocado, como digo, una reacción aristocratizante de las viejas elites que, amenazadas por la tranquilidad que aseguraba la exclusión o el manejo de la palabra, erigen ahora un discurso variopinto, pero conservador, que atestigua un cierto malestar:

...toma cuerpo, incluso en círculos izquierdistas y progresistas, un discurso clásicamente conservador. Este se caracteriza por mirar con una sospecha cada vez más inocultable el nivel y el ritmo del progreso económico alcanzado por Chile en la década que termina, así como el grado de libertad que han conquistado los chilenos y chilenas. (...) en vez de expresar entusiasmo por las posibilidades que abriría para los grupos postergados o marginados el crecimiento, lo que manifiestan, con su proverbial refinamiento, es su aprensión porque éste puede terminar con los recursos naturales, destruir el medio ambiente, tensar el sentido de comunidad o acabar con el estilo de vida tradicional (p. 51) (...) Desde luego todo esto se plantea a nombre y por el bien de la gente (p. 53). (...) Cabe temer que, en su carrera por responder a los malestares de la modernidad, dejen al mundo de la marginalidad y la pobreza (vale decir, a los que sufren de la falta de desarrollo, no de su exceso) en la más absoluta orfandad (p. 40).

A primera vista, Tironi construye, de la manera que se acaba de exponer, con agudeza y talento, un discurso sobre la modernidad cuya debilidad radicaría en que parece irrefutable en el sentido que criticó alguna vez Popper: los críticos de la modernidad capitalista serían un síntoma de ella misma (al modo en que los críticos del inconsciente manifiestan una “resistencia” ya descrita por Freud, o los críticos de Marx una conciencia “pequeñoburguesa”). Con todo, eso parece ser un resultado nada más de la índole de su trabajo. Lo que ocurre es que al no explicitar el problema de la índole de la modernidad en curso, parece suprimir, de partida, toda reacción crítica.

Sería injusto, por supuesto, reprochar a Tironi no haber reflexionado sobre la situación epistemológica de las ciencias sociales o sobre el concepto de modernidad, cuando él se ha propuesto, más bien, trazar un cuadro variopinto y vivaz de los nuevos comportamientos. Con todo, sería una ingenuidad (que el propio Tironi rechazaría) no ver en su texto de manera implícita, pero inequívoca, un punto de vista reflexivo acerca de la modernidad y los rasgos que ella sería capaz de exhibir en nuestro país. El punto de vista de Tironi no es, por supuesto, el de Garretón.

Para Tironi la sociedad chilena –cuyos actuales rasgos describe, a veces, con lúcida sencillez– se encuentra experimentando un tránsito desde una situación de subdesarrollo a una situación de modernidad y de abundancia. Ni ha salido de la primera ni tampoco ha entrado en la segunda. No se trata de que la sociedad chilena sea simplemente una sociedad “dual”, una sociedad en la que conviven polos tradicionales y otros, en cambio, modernos. De lo que se trata es que en la propia sociabilidad chilena se imbrican, hasta casi confundirse, aspectos tradicionales y modernos, configurando un tipo de sociedad en tránsito, una sociedad

...que ya dejó de ser propiamente pobre, arcaica o subdesarrollada, aunque aún vive esos problemas, y que está todavía lejos de ser rica, moderna y desarrollada, aunque ya comienza a experimentar los dilemas de la abundancia... (p. 11)

IV

No es difícil ver en esas palabras de Tironi un punto de vista acerca de la modernidad radicalmente distinto al de Garretón. Tironi se inhibe –la índole de su texto se lo impide, como ya dije– de discutir el sentido de la modernidad, pero no parece haber dudas que para él la modernidad equivale a la expansión del mercado y la racionalidad occidental que, instalada en la estructura, permite paradójicamente un amplio margen de subjetividad ligera que a veces parece equivaler a una pérdida de sentido. La racionalidad instrumental del mercado y la proliferación de incentivos para los individuos estimulan el consumo y la productividad y, paradójicamente, permiten a los sujetos vivir su tiempo libre con ese ánimo festivo e inmediato que molesta a las elites y plantea desafíos hasta hace poco inéditos a la política. No es éste, por cierto, un punto de vista conceptualmente opuesto a la tesis de Garretón. Tironi podría endosar el análisis de Garretón –la modernidad como constitución del sujeto– y al mismo tiempo sostener que lo que él relata es, justamente, esa constitución mediante el mercado. Podría alegar –podría inferirlo de su texto– que su distancia con Garretón se relaciona con la esfera de lo normativo. Podría no existir, propiamente hablando, un desacuerdo conceptual acerca de en qué consiste la modernidad, ni, tampoco, un desacuerdo fáctico sobre los principales procesos que nuestro país experimenta, sino simplemente un desacuerdo normativo: una valoración diversa de los fenómenos que, asociados a una de las formas de la modernidad, nuestro país experimenta.

Mientras para Tironi la facticidad que él constata no es del todo mala, para Garretón, en cambio, posee un rostro más bien feo y si no feo, irreflexivo.

Creo que lo anterior es una lectura posible y muestra de qué forma los puntos de vista normativos –la dimensión crítica– son indisolubles del análisis social y de las ciencias sociales en su conjunto. Porque no se trata de una pura divergencia normativa. Se trata de una discrepancia que podría conducir el análisis de la facticidad hacia extremos opuestos. Si la modernidad que tenemos está bien o es inevitable –si la pregunta por la orientación de nuestra modernidad sobra o carece de sentido y hay que guardar silencio acerca de ella– entonces la política apegada a la facticidad y a la funcionalidad de las estructuras es una dirección que cabría acentuar. Pero si la pregunta por la orientación misma de la facticidad es una interrogante abierta, entonces la política debe ser objeto de crítica y de escrutinio, porque una política apegada a las “necesidades de la gente” es, a fin de cuentas, una toma de posición ideológica que rehúsa reconocerse como tal.

Lo que muestran los libros de Tironi y Garretón –con sus diferencias obvias de estilo y de propósito– es que la dimensión normativa del análisis social, en una palabra, la valoración de los fenómenos que se pretende describir, es inevitable. Pero si eso es así –si constituye una ingenuidad epistemológica pretender nada más describir lo que ocurre– de ahí se sigue que las ciencias sociales poseen una dimensión crítica que es bueno hacer explícita. Surgidas a parejas con la modernidad, las ciencias sociales poseen una dimensión autorreflexiva que hace toda la diferencia del mundo con las políticas públicas. Es verdad que la administración del Estado requiere sujetos con sagacidad técnica, apegados a la facticidad de las cosas y carentes de conciencia crítica acerca de la totalidad; pero todo ello a condición que no olvidemos que la toma de distancia frente a la facticidad –pensar que lo posible es un muro que puede ser movido– es, desde siempre, una tarea de la política.